

ENSAYO

LA ENCÍCLICA *CENTESIMUS ANNUS*

Patricio Astorquiza*

El presente ensayo contiene un análisis de la Encíclica *Centesimus annus* en torno a cinco aspectos centrales de la misma. El primero se refiere a la importancia de *Rerum novarum* en su tiempo y su proyección en la actualidad, observándose que esta última afirmó de un modo explícito y sistemático el pensamiento de la Iglesia Católica, tanto sobre la dignidad del trabajador y las condiciones adecuadas de un trabajo digno, como también respecto del derecho a la libre asociación y la importancia de la propiedad privada. El segundo concierne a la reiteración que allí se hace de la condenación al socialismo colectivista (que ya había hecho León XII) y a los errores de los sistemas marxistas, con referencia a la reciente historia europea. A continuación, sobre el tema "Iglesia y economía social de mercado", el autor precisa las innovaciones que la Encíclica entrega en esta materia, examinándose, asimismo, los conceptos que ésta contiene respecto de la naturaleza y evolución de la propiedad privada; la distinción que se hace entre economía de mercado libre y capitalismo; el papel del Estado en la economía y el principio de subsidiariedad. Finalmente, respecto del problema de las alienaciones en el mundo de hoy, se subrayan aquí los recordatorios que hace

*Ingeniero Comercial de la Universidad de Chile. Doctor en Filosofía de la Universidad Laterana. Ordenado sacerdote en 1962, actualmente se dedica principalmente a la atención espiritual de estudiantes y profesionales.

Juan Pablo II acerca de las exigencias que plantea la existencia de pueblos enteros sumidos en condiciones de marginalidad e indigencia y, por otra parte, la especial grandeza moral que se requiere para superar el egoísmo, el consumismo y la amenaza de una vida vacía en la sociedad contemporánea.

1. Introducción

Con fecha 1º de mayo de 1991 el Papa Juan Pablo II publicó su tercera Encíclica sobre asuntos socioeconómicos, titulada *Centesimus annus*. Las dos anteriores fueron *Laborem exercens* (14-IX-1981) y *Sollicitudo rei socialis* (30-XII-1984). De las tres, por la actualidad y amplitud de su temática, la *Centesimus annus* ha atraído más la atención y los comentarios de empresarios y estudiosos del pensamiento económico, católicos y no católicos.

El título mismo de la Encíclica recuerda el centenario de la publicación de la primera declaración extensa y sistemática de la Iglesia Católica sobre estas materias. Se trata de la Encíclica *Rerum novarum* (15-V-1891), promulgada por el Papa León XIII para salir al paso de los grandes problemas de fondo producidos por la revolución política e industrial del siglo XIX. Desde entonces, la Iglesia ha emitido una abundante serie de pronunciamientos similares. Los hitos más relevantes parecieran ser la Encíclica *Quadragesimo anno* (Pío XI, 15-V-1931), *Radiomensaje* de Pío XII (1-VI-1941), Encíclica *Mater et magistra* (Juan XXIII, 15-V-1961) y la Encíclica *Populorum progressio* (Pablo VI, 26-III-1967), además de las tres ya citadas del Papa Juan Pablo II. A estas debemos añadir la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (6-XII-1965), del Concilio Vaticano II, en especial los N.ºs 11 a 2

Centesimus annus está dirigida a los católicos en primera instancia, pero también y explícitamente a los creyentes en general, y a todos los hombres de buena voluntad, y no se trata sólo de una frase cortés: es fácil apreciar un enfoque intencionalmente amplio al leer el documento con calma. Para quien ha leído y meditado sobre estos temas, es posible notar, por el enfoque y la temática, que el Papa o sus asesores se han informado sobre los puntos de vista o los escritos de varios autores relevantes en el mundo secular.

Por cierto, ante un amplio público quedaría por dilucidar la razón de ser de un pronunciamiento papal en un campo que pareciera pertenecer en buena parte al quehacer científico secular. La postura de los lectores variará, desde los que consideran un documento de este tipo como intromisión (probablemente, Von Mises), o como una instancia más de una conveniente autoridad moral por encima del proceso económico (Von Hayek), o como un

documento del magisterio auténtico pero con el cual se puede en parte discrepar (probablemente, Michael Novak), o simplemente como una declaración de la Santa Sede, que los católicos deben aceptar según la intención con que es emitida.

Pero aun en el caso de los fieles católicos, es evidente que en toda realidad socioeconómica hay muchos elementos dinámicos, acerca de los cuales nadie se atrevería a afirmar que permanecerán como los conocemos hoy, ni siquiera en una predicción a diez años plazo. Además la Encíclica *Centesimus annus*, al pasear al lector por muchos temas, comenta estructuras y ocurrencias históricas acerca de las cuales es difícil hacer juicios definitivos. El Papa mismo se percata de este problema: en el N° 3 escribe:

La presente Encíclica trata de poner en evidencia la fecundidad de los principios expresados por León XIII, los cuales pertenecen al patrimonio doctrinal de la Iglesia y, por ello, implican la autoridad del Magisterio. Pero la solicitud pastoral me ha movido además hacia proponer el análisis de algunos acontecimientos de la historia reciente. Es superfluo subrayar que la consideración atenta del curso de los acontecimientos, para discernir las nuevas exigencias de la evangelización, forma parte del deber de los Pastores. Tal examen, sin embargo, no pretende dar juicios definitivos, ya que de por sí no atañe al ámbito específico del Magisterio.

En realidad, son muchas las personas que aceptan la existencia de ciertos principios de fondo permanentes en el acontecer económico y social (por ejemplo, la libertad humana, la propiedad privada, la subsidiariedad, etc.). El problema surge en la aplicación de esos principios a realidades a veces bastante complejas, que requieren un buen conocimiento técnico de los múltiples factores involucrados. En líneas generales, se podría decir que el actual Papa ha sabido ganarse la confianza progresiva de muchos estudiosos, al matizar mayormente los pronunciamientos. Con fecha 22-III-1986 la Santa Sede publicó la Instrucción Libertad Cristiana y Liberación, en la que se distinguen tres niveles de declaraciones sociales de la Iglesia: "Principios de reflexión, criterios de juicio, y directrices de acción". Representan diferentes grados de permanencia: los principios básicos permanentes, basados en la naturaleza del hombre y de la sociedad y en la revelación cristiana, sobre los cuales el Magisterio se pronuncia de un modo definitivo; los juicios sobre situaciones y estructuras históricas, que duran lo que prevalezcan esas realidades; y directrices prácticas para encauzar la acción social de los fieles cristianos en un momento determinado, que por su índole misma no preten-

den ser declaraciones doctrinales. La Encíclica *Centesimus annus* contiene, en realidad, los tres tipos de pronunciamientos.

Otro detalle interesante de la presente Encíclica: es bastante más fácil de leer que los otros dos documentos sociales de Juan Pablo II. El estilo es más directo. Para quien conozca los conceptos técnicos involucrados en realidades económicas, van a sorprender la precisión, el esfuerzo por distinguir matices y evitar la ambigüedad.

Y una última observación introductoria, que se refiere a la gran cautela con que enfocan los problemas socioeconómicos las autoridades centrales competentes de la Iglesia Católica. Quien lea principalmente los medios de difusión o declaraciones pasajeras de alguna autoridad eclesial podría perderse este importante síntoma de rigor intelectual. Valgan dos instancias: una de ellas es el Concilio Vaticano II, que trató de estos temas en la Constitución Apostólica *Gaudium et spes*.¹ Aparte de que los textos originales sufrieron sucesivas depuraciones antes de ser aprobados, es interesante notar que sólo se tocan asuntos económicos y sociales en un contexto más amplio de todo el acontecer humano. El esquema del Concilio en estas materias podría resumirse en la siguiente concatenación: Persona, sociedad, bien común; Trabajo, familia, cultura. Desarrollo, desequilibrios, liberalismo y colectivismo; Empresa, inversión, estabilidad monetaria; Propiedad privada y su contexto social. No se hacen, en otras palabras, declaraciones aisladas que podrían tomarse fácilmente por intromisiones. No hay que olvidar que el actual Papa tomó parte muy activa en ese Concilio, en su calidad de Arzobispo de Cracovia. La presente Encíclica se mueve en ese contexto. Por eso, al abordar varios temas socioeconómicos de actualidad, Juan Pablo II se sitúa en un contexto más amplio de acontecimientos históricos. Su documento sigue el siguiente esquema: Introducción; Capítulo I: Rasgos característicos de la *Rerum novarum*; Cap. II: Hacia las 'cosas nuevas' de hoy; Cap. III: El año 1989; Cap. IV: La propiedad privada y el destino universal de los bienes; Cap. V: Estado y cultura; Cap. VI: El hombre es el camino de la Iglesia.

Agruparemos las materias de un modo distinto, ya que la finalidad de este estudio no es en todo la misma de un Pastor escribiendo para sus fieles. Se intentará, en todo caso, ser fiel al texto pontificio.

2. Apología de la *Rerum novarum*

La primera intención de la Encíclica es poner de relieve la importancia de *Rerum novarum* en su tiempo, y su proyección hacia la actualidad. El texto

¹ Concilio Vat. II. *Gaudium et spes*, N°s 11-72.

papal podría haber caído en dos fáciles y comunes faltas: la elegía generalizadora con que se evocan grandes eventos del pasado, y la adaptación de textos pasados de moda para hacerlos parecer decir cosas nuevas. Cien años, después de todo, es mucho tiempo, especialmente en el vertiginoso ritmo de los cambios económicos.

La verdad es que los últimos años del siglo XIX presentaban la culminación de un proceso histórico quizás más revolucionario que el de este siglo, porque los cambios políticos y socioeconómicos rompían moldes multiséculares. Probablemente, el ritmo externo de los cambios estructurales ha sido más acelerado en nuestro siglo, pero sin grandes rompimientos con el pasado. El precedente presenció, antes que nada, una gran revolución de la concepción de la sociedad, del Estado y de la autoridad. Y en el campo económico se masificó una nueva forma de trabajo asalariado. El resto de la historia todos lo conocemos. Por mucho que mitiguen las exageraciones, hay suficiente evidencia estadística de que el trabajo se convirtió en un primer período en una mercancía sujeta sin más a la oferta y demanda, sin el contexto de las protecciones sociales que existen en la actualidad. No parece exagerado decir, con León XIII, que se produjo "la división de la sociedad en dos clases separadas por un abismo profundo".² El Papa se enfrenta con una serie de situaciones de miseria humana, por un lado, y por otro con la amenaza de las ideologías colectivistas que aprovechando la desesperación de la masa obrera ofrecían una solución peor que la enfermedad. Hacía falta una intervención de todas las personas influyentes en la civilización occidental para salvar una situación bastante difícil. Le pareció a León XIII que no podía callar, y que le correspondía formular en conciencia las condiciones fundamentales que sirven de marco sustentador a las relaciones humanas en el campo socioeconómico.

Vista a un siglo de distancia, sugiere el Papa Juan Pablo II, la decisión de León XIII parece obvia, además de oportuna. Pero entonces rompía esquemas, tanto dentro de la Iglesia (contra la religiosidad puramente ultraterrena) como fuera de ella, donde existía el prejuicio de que la Iglesia Católica interfería constantemente contra la libertad en todos los terrenos.

Antes de seguir adelante, y para no reducir el pensamiento papal a una mera iniciativa humanitaria, se debe recordar que la Iglesia no sólo plantea principios naturales de convivencia digna, sino que postula algo bastante más radical. En palabras de Juan Pablo II, que sigue también en esto a León XIII,

²León XIII, Enc. *Rerum novarum*, N° 132.

"no existe verdadera solución para la cuestión social fuera del Evangelio".³ Este punto lo volveremos a tocar más adelante; baste por ahora decir que es igualmente posible concordar con algunos otros aspectos de la enseñanza pontificia, aun cuando no se profese la fe católica implicada en esta afirmación.

La Encíclica *Rerum novarum*, en esencia, llama la atención sobre unos pocos puntos fundamentales. El primero es la dignidad del trabajador y de su trabajo. Por el hecho de ser una persona. El segundo es la importancia fundamental de la propiedad privada, debidamente ordenada al bien común. Luego destaca también el derecho humano a crear asociaciones profesionales de empresarios o trabajadores. En cuarto y quinto lugar están las condiciones adecuadas de trabajo -horarios, salud, etc.- y el salario ligado al digno sustento del operario y su familia. El Papa añade también que las estructuras laborales no perjudiquen las relaciones con Dios, y permitan cumplir debidamente los deberes religiosos.

Estamos siguiendo en líneas generales el resumen de *Rerum novarum* que hace Juan Pablo II, con un propósito implícito pero bastante aparente: remover la impresión muy extendida de que la Iglesia, desde el comienzo, ha dirigido su doctrina social contra los empresarios y la libre iniciativa, favoreciendo diversas formas de intervencionismo. De hecho, el Papa actual hace notar que León XIII rechaza expresamente el socialismo, mientras que sólo presenta objeciones contra los extremos en que caía entonces (y podría caer también ahora, añade Juan Pablo II) un liberalismo que no admitiera la acción reguladora de un Estado, que tutela las reglas básicas del juego. Añade el Papa que por razones obvias, cuando se habla de tutelar derechos fundamentales, quienes se benefician más inmediatamente de esta protección suelen ser los sectores más débiles de la sociedad.

Todo lo dicho no quita que *Rerum novarum* fuera una Encíclica en defensa de los pobres, apelando a lo que entonces llamaba "amistad", que une a todos los seres humanos en un destino común, y que hoy en día suele denominarse "solidaridad". A la vez -recuerda Juan Pablo II- no es cierto que León XIII y la Iglesia después piensen que la solución de la cuestión social deba provenir de un Estado intervencionista y omnipotente. Insiste la Encíclica, ya entonces, que el individuo, la familia y la sociedad son anteriores al Estado.⁴ El Papa León XIII, de hecho, anticipa con gran certeza las consecuencias negativas en el campo político, social y económico de las soluciones "socialistas", entendidas como estatistas y colectivistas.

³Juan Pablo II, Enc. *Centesimus annus*, N° 5.

⁴Cfr. León XIII, Enc. *Rerum novarum* N°s 101, 104, 130.

3. El fracaso del socialismo

Juan Pablo II es bastante explícito acerca del ocaso de las soluciones socializantes al analizar la materia en los capítulos I y II de *Centesimus annus*. La verdad es que se requeriría una tergiversación de sus palabras para que el socialismo pretendiera encontrar en estos conceptos un apoyo a sus planteamientos. Nótese, a la vez, que el Papa no hace juicios acerca de los socialistas como personas, que en cuanto tales merecen todo su respeto y oraciones, sino a la ilusión de que el Estado siempre sabe mejor que los individuos y cuerpos intermedios lo que ellos más desean o les conviene y cómo conseguirlo. Por otra parte, el Papa combina los principios generales con la referencia empírica actual a las soluciones socialistas a ultranza, y a los resultados que han producido. Intentaremos resumir lo más posible estas consideraciones, haciendo notar de paso que los Pontífices tienen presente antes que nada el socialismo colectivista y, muy en particular, el socialismo marxista.

Este socialismo a ultranza, dice Juan Pablo II, comete antes que nada un gran error antropológico: mira en menos el valor de las decisiones autónomas de los individuos, al considerarlos más bien como moléculas del organismo social. De aquí se sigue la oposición o sospecha de la propiedad privada. También conlleva esta posición un explícito o implícito ateísmo, de raíces iluministas y mecanicistas, porque en el fondo la grandeza del hombre y el poder de su libertad son divinos. Este modo de pensar, prosigue el Papa, no ve inconveniente en propugnar una violenta lucha de clases, muy distinta de la lucha razonable y dialogada por la justicia.

Tampoco se justifica la pretensión colectivista de que no existen otras soluciones viables. Continúa el Papa recordando que León XIII encontró eco entre los cristianos y hombres de buena voluntad, y que muchas de sus sugerencias sobre condiciones de trabajo, libre asociación, seguridad social, capacitación, etc., son hoy realidad, al menos en las economías más desarrolladas. Estas mejoras fueron consecuencia en parte del movimiento obrero, que desencadenó lo que el Papa llama "un libre proceso de auto-organización de la sociedad".⁵

Al repasar el Romano Pontífice la historia de estos años, recuerda que los males de la humanidad no son producto sólo de estructuras colectivistas, sino de errores más profundos, que también se pueden dar con estructuras socioeconómicas más abiertas. El fondo último de todos los errores está en el corazón mismo de los hombres. Cuando se aparta la libertad humana de la sujeción a la verdad, se transforma fácilmente en amor propio y atropello de

⁵Juan Pablo II, Enc. *Centesimus annus*, N° 16.

los demás. Testigo de ello, piensa el Papa, son las dos terribles guerras mundiales de este siglo, la carrera armamentista, los grupos extremistas, etc.

El capítulo II de la Encíclica termina en una nota cautamente optimista, moderada, como se verá más adelante, pero ligeramente más positiva que la anterior Encíclica *Sollicitudo rei socialis*.

El capítulo III sigue con un análisis del año 1989, que evidentemente llena de esperanza a Juan Pablo II. Recalca el papel que ha tocado jugar a la Iglesia en la caída de los regímenes comunistas, al mantener permanentemente "que todo hombre -sean cuales sean sus convicciones personales- lleva dentro de sí la imagen de Dios y, por tanto, merece respeto".⁶ La defensa de estos principios costó muchos actos heroicos a las autoridades eclesíásticas, individuos y comunidades cristianas, pero dio por fin su fruto.

¿Puede extraerse una lección humana más amplia del año 1989, o puede todo achacarse a la prevalencia del sistema de mercado sobre las economías centralizadas? Juan Pablo II considera que el derrumbe comunista se debe a varios factores, y él se atreve a señalar los que le parecen más relevantes. El factor decisivo que puso en marcha los cambios (hace referencia a Polonia) fue la violación de los derechos del trabajador, en nombre de una dictadura del proletariado. Es de notar además que el derrumbe se obtuvo por medio de una lucha pacífica. El segundo factor, la influencia económica, "es consecuencia de la violación de los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía".⁷ Añade a continuación que es un error tratar de comprender al hombre considerándolo sólo desde el lado económico o clase social; los hombres viven en culturas, que plasman las actitudes que asumen ante las grandes realidades como el nacer, amar, trabajar, morir. Por último, dice el Pontífice, los regímenes comunistas provocaron un gran vacío espiritual que también hizo crisis: "El marxismo había prometido desenraizar del corazón humano la necesidad de Dios; pero los resultados han demostrado que no es posible lograrlos sin trastocar ese mismo corazón".⁸

4. La Iglesia y la economía social de mercado

El tema es una de las grandes claves de la Encíclica -no la única, en todo caso- y pareciera requerir una serie de matizaciones, que hace en parte

⁶Juan Pablo II, ibídem N° 23.

⁷Ibídem N° 24.

⁸Ibídem.

la Encíclica, y que por otra parte se dan a veces por conocidas dentro de la doctrina social de la Iglesia, o de anteriores documentos de este mismo Papa. Intentaremos catalogar y resumir algunos de estos planteamientos.

a) Juan Pablo II, innovador

El pensamiento social dentro de la Iglesia avanza por dos cauces principales: el crecimiento homogéneo de su propio razonamiento, que explicita cada vez mejor los contenidos, y el encuentro de realidades socioeconómicas constantemente renovadas. A una persona de la estatura intelectual del actual Papa ambos cauces le han dado pie para introducir o incorporar novedades. Mencionaremos las que parecen más relevantes:

i) *Empresario directo y empresario indirecto*. Con esta terminología el Papa quiere indicar que las decisiones de las empresas están condicionadas no sólo por quienes las gestan directamente, sino por una serie de otras decisiones también humanas, generalmente de instancia superior, como serían la política laboral y otras políticas económicas, las relaciones comerciales internacionales, etc., a las que da el nombre de "empresario indirecto", porque requieren también definiciones éticas de responsabilidad.⁹

ii) *Imperativo moral del desarrollo económico*. El Papa, al hablar del desarrollo, rompe la asociación simplista entre bienestar y materialismo, haciendo notar que no son consecuencia necesaria el uno del otro. Llega a afirmar que el desarrollo económico es connatural a la existencia humana, como imperativo divino, que compromete a una conciencia cristiana bien formada.¹⁰

iii) *Subdesarrollo y superdesarrollo*. Así como el término "subdesarrollo" connota un cierto desmedro de la condición humana, Juan Pablo II analiza las condiciones de un "superdesarrollo", que en ciertas situaciones podría deformar el carácter de una sociedad, desintegrándola, consumiendo recursos innecesariamente, produciendo desequilibrios mentales y dañando la ecología, a pesar de obtener cifras altísimas de producción y consumo.¹¹

iv) *Límites éticos de la acción sindical*. Aunque el actual Papa se muestra partidario de las agrupaciones laborales, como factor representativo

⁹Cfr. Juan Pablo II, Ene. *Laborem exercens*, N° 14

¹⁰Cfr. Juan Pablo II, Ene. *Sollicitudo rei socialis*, N° 36

¹¹Ibídem.

en la estructuración social, ha sido más explícito que sus antecesores en demarcar los ámbitos de legitimidad sindical. Por ejemplo, hace hincapié en la despolitización de los sindicatos, en la limitación del derecho a huelga cara a servicios esenciales, en la necesidad de correlacionar las reclamaciones salariales al nivel general de productividad de la industria y a la supervivencia e inversión dentro de cada empresa, etc.¹²

v) *El trabajo no es un castigo para la raza humana*. Quizás para quien está inserto en el mundo empresarial esta afirmación parezca de perogrullo, pero al nivel general de nuestra cultura la idea de castigo está muy extendida. El Papa le ha salido al paso, recordando que Dios invita al hombre a dominar y desarrollar la creación, como una tarea maravillosa, antes del pecado original. Trabajar es una íntima vocación del ser humano, que lo ennoblece, ennoblece a cuanto lo rodea, y como cristiano, lo santifica.¹³

vi) *Protección de la dignidad individual contra el "pecado social"*. Ha estado de moda en los últimos decenios acusar a los demás de "pecado social", sobre todo en ambientes ligados a la teología de la liberación. Juan Pablo II ha hecho notar que en toda época existen males sociales, que entre todos debemos superar, y de los cuales una sociedad podría sentirse culpable. Pero el pecado "es siempre un acto de la persona, porque es un acto libre de la persona individual, y no de un grupo o comunidad".¹⁴ La Iglesia acepta que se deban mejorar las estructuras socioeconómicas perjudiciales o injustas, y que en la raíz de los males sociales están los pecados personales. Pero no se hace eco de odiosas acusaciones indiscriminadas, que pretenden la desaparición de los actos libres deficientes por arte de magia con un mero cambio de estructuras.

vii) *Nuevos enfoques de la Centesimus annus*. Estos enfoques se verán por separado, y basta aquí mencionar la clara comprensión de los mecanismos de mercado; la interpretación en términos culturales de la oferta y la demanda; una nueva versión positiva de la lucha social y la alienación por el consumo, que reemplaza a la ya anticuada y falsa versión marxista de la lucha de clases y de la alienación por la propiedad privada; la nueva preponderancia del hombre sobre la técnica y el capital en las empresas más avanzadas, etc.

¹²Juan Pablo II, Enc. *Laborem exercens*, N° 20.

¹³Ibidem N°s 24, 26, 27, etc.

¹⁴Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, N° 16.

b) Naturaleza y evolución de la propiedad privada

La Iglesia ha considerado siempre la propiedad privada como un derecho humano fundamental. Este derecho es primero que nada a la apropiación, y secundariamente al uso de los bienes de producción y consumo. Además, por ser "humano" se mueve necesariamente dentro de ciertos límites, como todo lo humano. El Concilio Vaticano II, citado por Juan Pablo II, dice textualmente:

La propiedad privada o un cierto dominio sobre los bienes externos aseguran a cada cual una zona absolutamente necesaria de autonomía personal y familiar, y deben ser considerados como una ampliación de la libertad humana (...). La propiedad privada, por su misma naturaleza, tiene una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes.¹⁵

No es ilegítimo fundamentar la propiedad privada sobre la observación pragmática de que los hombres tienden a hacer rendir más lo propio y a despilfarrar más fácilmente lo colectivo. Las autoridades eclesíásticas lo emplean como argumento secundario. Tiene, sin embargo, más fuerza su fundamentación en el ejercicio de la libertad. Lo mismo sucede con la dimensión social de este derecho: es posible justificarlo como una protección de los derechos de los demás, para que no se vean a su vez lesionados, o para que puedan ser más plenamente ejercidos. Siendo éste un argumento válido, no agota el tema. El actual Papa considera que el mundo, visto globalmente, como quien dijera desde otro planeta, hace pensar que toda la tierra está destinada al sustento de todos sus habitantes, sin excluir a ninguno: ésta sería la primera intención de Dios, que creó además al hombre para trabajar los recursos naturales. La propiedad de los recursos se conquista, pues, primariamente por necesidades de trabajo. Para hacer rendir cada vez mejor estos recursos, el trabajo adquiere formas más elaboradas de integración humana, de modo que normalmente se trabaja con otros y para otros, constituyendo el trabajo humano uno de los vínculos más poderosos para unir a los hombres y dar cohesión a las sociedades.

Recuerda el Papa que en las etapas más elementales de organización laboral prima la importancia de los recursos naturales (la "tierra" de la terminología tradicional). Con el avance económico pasó a primar, al menos en ciertos sectores de la economía, el factor capital y su concomitante

¹⁵ Concilio Vaticano II, Cons. ap. *Gaudium et spes*, N°s 69, 71.

técnica. Pero a medida que se acelera el crecimiento económico internacional aflora hacia la primera plana un conocimiento, que en lenguaje corriente llamaríamos capacidad empresarial, y que se sitúa por encima, incluso, de la relativamente fácil difusión actual de los adelantos técnicos. Refiriéndose a escritos anteriores suyos, el Pontífice dice: "Así se hace cada vez más determinante el papel del trabajo humano, disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo".¹⁶ Se refiere el texto a esa capacidad de detectar las necesidades de los mercados, organizar los factores de producción, programar la acción productiva y asumir los riesgos necesarios.

Todo lo dicho pareciera no añadir mucho a lo que se pueda leer en un manual de administración de empresas. El Papa está intentando, sin embargo, un vuelco conceptual en el terreno definitorio de la moderna economía de empresa. Por eso incluye a renglón seguido dos ideas: esta evolución es buena no tan sólo porque genera riqueza, sino primero porque produce virtudes; no tanto porque la nueva primariamente el lucro, sino porque requiere un dominio del servicio, que luego conlleva un lucro. Vale la pena hacer dos citas pertinentes: "En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna".¹⁷ Y la otra: "(...) hoy día el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás".¹⁸

El avance económico, continúa la Encíclica, pone también un nuevo toque a la doctrina tradicional sobre la propiedad privada y su función social. El razonamiento tradicional sigue dos vertientes principales: primero, si la propiedad privada está tan relacionada con la dignidad y libertad humanas, mientras más tengan acceso a ella, mejor; segundo, que la sociedad necesita regular de algún modo el uso de la propiedad privada para que se cumpla mejor su fin global. Aquí el Papa hace notar que la riqueza más importante de una nación es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber, y

¹⁶ Enc. *Centesimus annus*, N° 32.

¹⁷ *Ibíd.* N° 32.

¹⁸ *Ibíd.*

que en consecuencia ha aparecido una nueva forma de pobreza, quizás la principal, que es la incapacidad para integrarse en una economía moderna. Queda por delante la gran tarea de capacitar a esas áreas del mundo, o a esos segmentos de la sociedad, que padecen de esta incapacidad relativa. Se trata de personas marginadas del proceso de desarrollo, o que aún trabajan bajo el peso de un sistema de capitalismo primitivo, con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres. Estima el Santo Padre que, "por desgracia, la gran mayoría de los habitantes del Tercer Mundo vive aún en esas condiciones".¹⁹

c) La economía de mercado

En los números 34 y 35 de *Centesimus annus* se trata de una materia prevalentemente técnica, como es el libre mercado, la empresa y los beneficios. Pareciera que el documento se estuviese comprometiendo en terreno que no le compete. Al seguir con la lectura del N° 36 y siguientes cambia, sin embargo, el tema y se traslada una vez más al campo de los principios, dejando de lado esta repentina incursión en los mecanismos de la economía libre. Más adelante, en los N°s 42 y 43, como si alguien hubiese solicitado con posterioridad una aclaración, se explica toda la materia bajo un ángulo moral. Vamos a considerar, entonces, estos cuatro números, como una sola unidad.

Dice textualmente la Encíclica: "Da la impresión de que, tanto a nivel de naciones, como de relaciones internacionales, el libre mercado sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades".²⁰ Otra cita relevante: "La Iglesia reconoce la justa función de los beneficios, como índice de la buena marcha de la empresa. Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades han sido satisfechas debidamente".²¹ Ambas citas son lo suficientemente explícitas. El Papa recuerda que no todas las realidades humanas son transables, y por tanto objeto de un precio o sujetas al mercado; las cosas más valiosas, como la vida misma, el amor, la propia dignidad, la espiritualidad, no lo son, al menos directamente. No se le puede pedir al mercado que lo cubra todo y lo provea todo. Comenta también que los beneficios no pueden ser tomados como el

¹⁹Ibídem N° 33.

²⁰Ibídem N° 34.

²¹Ibídem N° 35.

único índice del buen funcionamiento de la empresa, ya que a largo plazo la mayor incidencia va a provenir probablemente del elemento humano, su capacitación y motivación, su integración y participación en la empresa como una "comunidad de hombres".

Esta línea de pensamiento hace surgir, dentro y fuera de la Iglesia Católica, una pregunta obvia: ¿Está el Santo Padre proponiendo el capitalismo como modelo económico de progreso? Recuérdese que muchos asocian la doctrina social de la Iglesia con una u otra forma de benigna intervención desde arriba. Vamos a citar, porque se trata de una sección clave de todo el documento, la respuesta textual: "La respuesta es obviamente compleja. Si por 'capitalismo' se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de empresa', 'economía de mercado', o simplemente de 'economía libre' ",²²

No es una cuestión puramente semántica esta distinción entre capitalismo y economía de mercado. Adam Smith probablemente se hubiese extrañado de que se le llamara el "Padre del capitalismo". Karl Marx, el más grande denigrador de las estructuras y mentalidad "capitalistas", no parece haber empleado la palabra capitalismo como sustantivo, que fue más bien popularizada por las obras de Max Weber y de J. A. Schumpeter. Y la doctrina social de la Iglesia ha empleado usualmente la palabra capitalismo con connotaciones negativas.

La *Centisimus annus* provee al menos dos acepciones negativas de la palabra "capitalismo". La primera, en el N° 35, lo describe como "un sistema económico, entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital, la posesión de los medios de producción y la tierra, respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre".²³ El Papa rechaza esta estructuración práctica de la realidad económica, que se puede dar tanto en un régimen de propiedad privada como en un sistema socialista, que él llama sin empacho "Capitalismo de Estado". La otra acepción negativa de la palabra "capitalismo" es más ideológica, y concierne a la confianza indiscriminada y sin fundamento metafísico en una libertad humana sin cortapisas, como una fuerza que por sí soluciona automáticamente todos los problemas de la humanidad. Leemos en el N° 42: "Pero si por 'capitalismo' se entiende un sistema en el cual la

²² Ibídem N° 42.

²³ Cfr. también Juan Pablo II, Enc. *Laborem exercens*, N° 7.

libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa".

d) Papel del Estado

Hay en el mundo del pensamiento socioeconómico cada vez más consenso acerca de la integración de los modelos sociales, económicos, políticos y culturales de la vida civilizada. Ya había recalcado este hecho el Papa Paulo VI,²⁴ y lo vuelve a hacer la actual Encíclica. Una doctrina socioeconómica prácticamente no puede hacer caso omiso de la función del Estado, y de los modos más convenientes de ejercer esta función.

Juan Pablo II hace una observación importante: "La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y realmente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables".²⁵ Se moverá, pues, en el terreno de los principios generales. En este contexto, el Papa sugiere una función del Estado de "proveer a la defensa y tutela de los bienes colectivos, como son el ambiente natural y el ambiente humano, cuya salvaguardia no puede estar asegurada por los simples mecanismos de mercado".²⁶ Se trata de un criterio muy amplio, que requiere ulterior precisión.

El papel del Estado en el sector de la economía está sintetizado en el N° 48 de la Encíclica, que hace un breve resumen de lo que se ha ido elaborando como pensamiento social en el último siglo. Recuerda el Papa que la economía de mercado no puede desenvolverse en un vacío institucional, jurídico y político. Resumiendo, asigna las siguientes funciones al Estado en la economía:

i) Otorgar la necesaria "seguridad que garantiza la libertad individual y la propiedad, además de un sistema monetario estable y servicios públicos eficientes".

ii) "Vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico; pero en este campo la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad".

²⁴ Paulo VI, Enc. *Octogésima adveniens*, N°s 2-5.

²⁵ Juan Pablo II, Enc. *Centesimus annus*, N° 43.

²⁶ *Ibídem* N° 40.

iii) "El Estado puede ejercer funciones de suplencia en situaciones excepcionales, cuando sectores sociales o sistemas de empresas demasiado débiles o en vías de formación sean inadecuadas para su cometido". Añade el texto que esta suplencia debería tener lugar cuando hay razones de peso suficiente, e incluso entonces sólo por un tiempo limitado, para no distorsionar la economía o la vida civil.

iv) Aplicar con moderación lo que se ha llamado "Estado asistencial". No se opone el Papa a la necesidad de asegurar la salud, la vejez, etc. Pero sí a la solución fácil de estatizar estas prestaciones. Recuerda la experiencia, tantas veces repetida, de que el "Estado del bienestar" provoca pérdida de energías humanas, aumenta innecesariamente la burocracia, encarece los servicios y tiende a disminuir la calidad y el contacto humano de la asistencia.

v) Por último, recuerda la Encíclica que el Estado debe regirse en su acción por el "principio de subsidiariedad", ya mencionado por Pío XI en 1931.²⁷ Lo formula así: Una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias, sino que más bien debe sostenerla en caso de necesidad, y ayudarla a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común.²⁸

5. El peligro de las alienaciones

Hasta aquí, el esquema conceptual de la Encíclica se podría interpretar como un espaldarazo a la línea de pensamiento económico neoliberal. Y en cierto modo lo es, en lo que respecta a las estructuras básicas de la economía social de mercado. Es parte de esta gran simpatía de Juan Pablo II por el resguardo y estímulo de la libertad humana, que ya se pudo apreciar en sus intervenciones en las sesiones del Concilio Vaticano II. Manifiesta también la inmensa alegría interior del Pontífice ante el desmoronamiento de las utopías marxistas que por tantos años desearon aherrojar las almas y los cuerpos de tantos millones de nuestros contemporáneos. Conviene recordar, a la vez, que el Papa se alegra también por los mismos marxistas y sus hijos, que en las nuevas condiciones cuentan con una mejor opción para alcanzar la verdadera libertad.

²⁷ Pío XI, Enc. *Quadragesimo anno*.

²⁸ Juan Pablo II, Enc. *Centesimus annus*, N° 48.

Si el Papa hubiera pretendido hacer una apología de las implicaciones económicas de la libertad, podríamos concluir aquí este artículo. Sin embargo, Juan Pablo II se hace dos grandes preguntas. La primera: suponiendo que ya se hubieran obtenido, en ciertas economías, modelos muy perfectos y eficientes, ¿qué decir de esas inmensas mayorías internacionales sumidas en diferentes grados de indigencia y de marginación? Como ya lo hiciera notar en su anterior Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), se recuerda una vez más que el triunfo de las economías avanzadas no sería plenamente humano hasta que no se logre desarrollar al resto de la humanidad. No se trata aquí de amargas recriminaciones, pero sí de hacer notar todo lo que queda por hacer sobre los términos de intercambio; la mitigación o condonación, según los casos, de la deuda externa; los programas de capacitación, la transferencia tecnológica, etc. Escribe el Pontífice:

En efecto, no se trata de dar lo superfluo, sino de ayudar a pueblos enteros -que están excluidos o marginados- a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad. No se trata tampoco de destruir instrumentos de organización social que han dado buena prueba de sí mismos, sino de orientarlos según una concepción adecuada del bien común con referencia a toda la familia humana. Hoy se está experimentando ya la llamada 'economía planetaria', fenómeno que no hay que despreciar, porque puede crear oportunidades extraordinarias de mayor bienestar.²⁹

Supongamos ahora, en una segunda instancia, que las economías desarrolladas consiguieran esta primera meta, de extender sus técnicas y niveles de producción y de consumo actuales a todo el planeta. Esta posibilidad plantea al Papa un ulterior cuestionamiento, el que da lugar a las páginas más profundas de esta Encíclica: ¿se puede presentar al hombre desarrollado actual como modelo digno de imitar? No es una pregunta de fácil respuesta, en todo caso.

²⁹ Ibídem N° 58.

La sociedad desarrollada, dice el Papa, presenta a sus miembros una gran variedad de bienes de consumo, trasladándolos de las demandas esenciales a la demanda de calidad, con el consiguiente peligro de consumismo obsesivo. Ayudadas por los grandes sistemas de publicidad, las abundantes alternativas de consumo pueden generar estilos de vida objetivamente perjudiciales. No sólo pueden hacerlo, sino que de hecho lo han conseguido en gran escala. No se trata sólo del consumo del alcohol, la droga, etc., sino de una actitud psíquica de ansiedad, que puede dopar al gran público ante los grandes significados de la vida. Por eso, añade Juan Pablo II: "Es, pues, necesaria y urgente una gran obra educativa y cultural, que comprenda la educación de los consumidores para un uso responsable de su capacidad de elección, la formación de un profundo sentido de responsabilidad en los productores y sobre todo en los profesionales de los medios de comunicación social, además de la necesaria intervención de las autoridades públicas".³⁰

Aunque todo es subsanable, la sociedad occidental desarrollada está causando serios perjuicios no sólo a la ecología ambiental, sino primariamente a su ecología humana, o sea al consumidor en cuanto hombre. No participa el Papa de esa aprensión hacia el desarrollo, propia de quienes creen que el bienestar necesariamente aleja a los hombres de Dios. Pero sí que los aleja de sí mismo, de los demás y de su Dios cuando el bienestar es mal administrado. Para ilustrar su pensamiento, el Pontífice echa mano de una palabra manipulada por Marx, de la cual también se puede recuperar su verdadero significado: "alienación".

El concepto marxista de alienación, como consecuencia de la propiedad privada, ha demostrado históricamente su falsedad. Pero la alienación en general, considerada como enajenación, ha sido siempre una amenaza para el ser humano. Lo es quizás particularmente en nuestros días, sugiere el Papa, cuando la misma eficiencia económica puede impedir al hombre experimentar su plena personalidad. Un hombre puede no sólo enajenarse de un modo ostentoso, por razones psicosomáticas, sino de modos más sutiles y homogéneos, perdiéndose en ciertos estilos de consumo, o de trabajo, o alterando sus relaciones con los demás y con Dios. Estos tres modos de alienación son en cierta manera acumulativos, produciendo un tipo de personalidad eficiente pero empobrecida, intrascendente. Porque, a la larga, "se aliena el hombre que rechaza trascenderse a sí mismo y vivir la experiencia de la autodonación y de la formación de una auténtica comunidad humana, orientada a su destino último que es Dios".³¹

³⁰Ibídem N° 36.

³¹Ibídem N° 41.

El desarrollo económico, insistamos, no tiene por qué conducir a la alienación humana. No existe entre ambas una relación de causalidad, ni pretende Juan Pablo II sugerirla. En la sociedad avanzada contemporánea se dan ambos fenómenos concomitantemente, pero por la coincidencia temporal de dos series de causación paralelas. El avance de la técnica, de la organización social y de la economía es querido por Dios, y de ningún modo requiere o produce una pérdida de sí mismo o de la fe. Estos últimos fenómenos tienen sus raíces en la intrínseca fragilidad humana, que es común a todas las épocas históricas, y que la Iglesia identifica como consecuencia del pecado original: "Esta doctrina [del pecado original] no sólo es parte integrante de la revelación cristiana, sino que también tiene un gran valor hermenéutico en cuanto ayuda a comprender la realidad humana".³² Tiene además un historial de índole filosófica, que la Encíclica no trata en detalle, pero que es ciertamente superable con la ayuda de la gracia divina y la cooperación humana.

Pareciera haber un principio implícito de doctrina social católica que no se ha formulado oficialmente y que vale la pena cuestionar. ¿Es cierto que las sociedades se envilecen en la medida en que se enriquecen? Porque si la Iglesia Católica, como creen algunos, respondiese en la afirmativa, llevaría todas las de perder. Ya lo hemos visto: la Iglesia recuerda que es mejor ser desarrollado que subdesarrollado. Pero es también mejor ser desarrollado que superdesarrollado. ¿Y es mejor ser subdesarrollado que superdesarrollado? Esta Encíclica no lo alcanza a responder. En todo caso, la experiencia multisecular de la humanidad pareciera indicar que el éxito, cualquier tipo de éxito, también el económico, tiende a intoxicar al hombre. Podría aplicarse al éxito, analógicamente, lo que Lord Acton decía del poder: que tiende a corromper a quien lo detenta. Añádase, en el caso del éxito económico, que el dinero es además una forma de poder, y de hecho una de las más poderosas que se hayan inventado jamás. Podríamos sacar de estas informaciones una tendencia general, que formulada positivamente se leería más o menos así: "A mayor éxito mayor grandeza moral, para no corromperse". Y este pensamiento nos conduce a la conclusión de la *Centesimus annus*.

6. Conclusión

Es la Iglesia la que ofrece, por Providencia divina, sostiene el Papa, esa grandeza moral que requiere el desarrollo económico. Y lo hace por su origen, que es trascendente; por sus medios, que son sobrenaturales, y por sus

³²Ibídem N° 25.

fines, que encauzan los triunfos temporales hacia los triunfos eternos. No son estas sus palabras textuales, ya que sólo estamos resumiendo en grandes líneas el final de la Encíclica.

La Iglesia tampoco pretende presentarse ante el mundo moderno como una ideología más, con soluciones absolutas para las múltiples variables de la actividad humana. "Al no ser ideológica, la fe cristiana no pretende encuadrar en un rígido esquema la cambiante realidad sociopolítica".³³ A la vez, la Iglesia flamea, como un estandarte que se alza sobre los diferentes períodos de la historia humana, presentando a todos el hombre de siempre, creado a imagen y semejanza de Dios. Por eso debe ser necesariamente, para el bien de todos, firme en proclamar los derechos fundamentales de este hombre imperecedero: "El derecho a la vida, del que forma parte integrante el derecho del hijo a crecer bajo el corazón de la madre, después de haber sido concebido; el derecho a vivir en una familia unida y en un ambiente moral, favorable al desarrollo de la propia personalidad; el derecho a madurar la propia inteligencia y la propia libertad, a través de la búsqueda y el conocimiento de la verdad; el derecho a participar del trabajo para valorar los bienes de la tierra, y recabar el sustento propio y el de los seres queridos; el derecho a fundar libremente una familia, a acoger y educar a los hijos, haciendo uso responsable de la propia sexualidad. Fuente y síntesis de estos derechos es, en cierto sentido, la libertad religiosa, entendida como derecho a vivir en la verdad de la propia fe y en conformidad con la dignidad trascendente de la propia persona".³⁴

Y por último, la Iglesia recuerda al hombre de hoy un gran secreto, que ella contiene y comunica: "Para conocer al hombre, el verdadero hombre, el hombre integral, hay que conocer a Dios".³⁵ Para dar un sentido pleno al desarrollo hay que emplearlo como espléndida plataforma de santificación, que permita un más pleno encuentro con Dios Creador, con Dios Redentor, con Dios Santificador. Hay que saber soñar sueños de verdad, de belleza y de virtud, y dar sentido ulterior al desarrollo haciéndolos realidad en todo el mundo. Hay que saber salvar al hombre que triunfa de las dos enfermedades: la arrogancia y la prepotencia, pero no por la vía negativa del rechazo, sino ofreciéndole en el modelo de Cristo una alternativa mejor.

A punto de terminar, dice el Papa: "Al concluir esta Encíclica doy gracias de nuevo a Dios omnipotente, porque ha dado a su Iglesia la luz y la

³³Ibíd. N° 46.

³⁴Ibíd. N° 47.

³⁵Paulo VI, Discurso del 7-XII-1965.

fuerza de acompañar al hombre en el camino terreno hacia el destino eterno. También en el tercer milenio la Iglesia será fiel en asumir el camino del hombre consciente de que no peregrina sola, sino con Cristo, su Señor. Es El quien ha asumido el camino del hombre y lo guía, incluso cuando éste no se da cuenta".³⁶

El tercer milenio. Es un pensamiento que aparece con frecuencia en Juan Pablo II. ¿Qué contenido podría tener la Encíclica *Bicentesimus annus*, del año 2091? Para entonces podemos imaginar una economía social de mercado extrapolada por la revolución informática, con una movilidad y transparencia difíciles de predecir; con el posible acceso inmediato a los mercados bursátiles de todo el mundo, desde el computador personal de bolsillo o pulsera; con la estructuración de las normas generales de mercado no reguladas ya por el Estado, sino por organismos autónomos o semi-autónomos, al estilo de los nuevos Bancos Centrales; con un acceso e intercambio accionario tan agilizado, que en los grandes negocios se altere hasta el concepto mismo de propiedad; con áreas concéntricas de producción instantáneamente sincronizadas, en las cuales haya un amplio campo para la pequeña y mediana empresa y una gran parte del personal trabaje desde sus propios hogares; con nuevos sistemas de autoprotección de los consumidores contra abusos de la publicidad, etc. En cualquier caso, la *Bicentesimus annus*, en substancia, deberá transmitir al hombre de siempre el amor que le guarda el Dios de siempre, un amor que lo anima, lo ayuda a rectificar y lo ennoblecce. Cabría otra posibilidad, por cierto, que sin poder desear tampoco podemos excluir: que el hombre de hoy rechace de plano su propia humanidad, se aliene seriamente y se autodestruya. No sería la primera vez que cae una civilización, no por fallas en sus sistemas económicos, sino por la pérdida del sentido trascendente de la vida. □

³⁶Juan Pablo II, *Centesimus annus*, N° 62.